



30

ALMORAIMA

SUPLEMENTO DE CREACIÓN  
LITERARIA Y ARTÍSTICA



# ALMORAIMA

Revista de Estudios Campogibaltareños  
Número 30 - Octubre 2003  
Suplemento de Creación Literaria y Artística

## Edita

MANCOMUNIDAD DE MUNICIPIOS  
DEL CAMPO DE GIBRALTAR

DEPARTAMENTO DE CULTURA

## Dirección, diseño y maqueta

Rafael DE LAS CUEVAS SCHMITT

## Secretario de Dirección

Jesús HERRERA LOBATO

## Consejo de Edición

Mario Luis OCAÑA TORRES  
Ángel J. SÁEZ RODRÍGUEZ  
Juan Carlos PARDO GONZÁLEZ  
Andrés BOLUFER VICIOSO  
Fernando SILVA LÓPEZ  
Rafael MÉNDEZ PEREA  
Rafael FENOY RICO  
Eduardo BRIONES VILLA

## Redacción

Mancomunidad de Municipios  
del Campo de Gibraltar  
Departamento de Cultura  
Parque Las Acacias, s/n  
11207 Algeciras (Cádiz)  
Tfnos. 956 580 069 - 956 572 680  
Correo electrónico: [iecg-mmcg@wanadoo.es](mailto:iecg-mmcg@wanadoo.es)  
Fax 956 602 003

## Impresión y Fotocomposición

Impresur, S.L.  
Avda. de Italia, Blq. 7. Anexo K • Algeciras (Cádiz)  
Tel: 956 652 051 - Fax 956 587 274  
Correo electrónico: [impresur@intergrafic.net](mailto:impresur@intergrafic.net)

Ilustraciones de  
RAGEL MATTRESS

I.S.S.N. 1133-5327  
Depósito Legal CA-868-89

## SUMARIO

<b>PLAYA PATERA (TARIFA 2003)</b>	
<i>Gaspar Cuesta Estévez</i> .....	7
<b>EL MAR APAGADO</b>	
<i>Juan Emilio Ríos Vera</i> .....	11
<b>LA DECISIÓN</b>	
<i>Luis Baluarte</i> .....	15
<b>LA MUÑECA</b>	
<i>Mario L. Ocaña Torres</i> .....	17
<b>(SIEMPRE ES AQUÍ). (LA MANO Y LA ESFERA)</b>	
<b>ENTRE LOS DEDOS DE UN DIOS GLOBAL</b>	
<i>Luis A. del Castillo Navarro</i> .....	21
<b>CERCANÍA DEL PARAISO</b>	
<i>Carlos Morillo</i> .....	25
<b>EL PARAISO DEL NORTE</b>	
<i>José Villalba &amp; Vivente Gualda</i> .....	29
<b>EN LA FRONTERA</b>	
<i>Miguel Guerrero</i> .....	33
<b>HUIDA</b>	
<i>Antonio Meléndez Morales</i> .....	35
<b>LA MUJER MUERTA</b>	
<i>Nieves García Benito</i> .....	37
<b>ÁNGEL DE EBANO</b>	
<i>Carolina Serrano Hidalgo</i> .....	39
<b>SENDEROS DE SIRIO</b>	
<i>Paloma Fernández Gomá</i> .....	43
<b>AURORA</b>	
<i>José Antonio Orfila Rodríguez</i> .....	45
<b>LA LÍNEA, TU AQUÍ, YO ALLÍ, QUISIERA</b>	
<i>José Antonio González Alcantud / Trino Cruz / Khalid Raissuni</i> <i>Abderrahman El Fathi / Alberto González Troyano</i> <i>José Juan Yborra Aznar / Mario Luis Ocaña Torres</i> .....	49
<b>Juan Carlos Ragel Ramos (nota biográfica)</b> .....	51

# PLAYA PATERA (TARIFA 2003)

*Gaspar Cuesta Estévez*



Rd | E |  
03

Paseaba junto a los pretilos que separaban el paseo de la arena. Habían ido asfaltando cada vez más metros de playa con la excusa de defender mejor la ciudad de la invasión africana. Pero a la larga, el hormigón que sepultaba parte de la blanca arena de Los Lances había servido para recrear sucesivamente la crematística “primera línea de playa”. Un cartelón metálico anunciaba un nuevo avance: “Playa Patera. Viviendas de 2 y 3 dormitorios de hasta 70m<sup>2</sup>. Primera línea de playa. Ventanas irrompibles y cerrojos a prueba de inmigrantes. Guardas de seguridad armados”.

Joaquín recordó los buenos momentos pasados en esa playa hacía veinte años. Cuando las lanchas que cortaban el mar frente a él eran tripuladas sólo por pescadores o por turistas, y no como ahora, que iban pertrechadas de metralletas y dispuestas a mantener la costa limpia de pateras. Por entonces la población se volcaba ayudando en lo que podía a los africanos que se arriesgaban a cruzar el Estrecho, y la Guardia Civil ejercía una labor ante todo humanitaria.

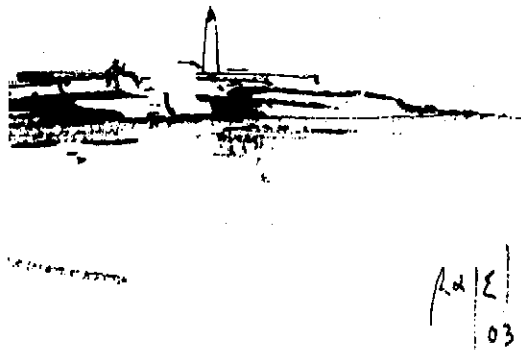
Ahora las cosas habían cambiado radicalmente. Se lo habían avisado al volver a su pueblo de vacaciones después de tanto tiempo, es verdad, pero había pensado que exageraban. Y no, no exageraban, la ola de intolerancia y miedo que estaba devastando las conciencias de los europeos había llevado al nuevo gobierno, con sede en Schengen, a sustituir a la Guardia Civil por un nuevo cuerpo especial, con agentes menos “blandos” y con gatillo rápido, amparados por la nueva Ley de Extranjería. En efecto, cualquier indocumentado podía ser abatido legalmente antes de que llegase a tierra firme, pero todos sabían que era práctica común disparar a africanos que ya estaban en la playa o en el campo y arrojarlos luego al mar. Nunca había testigos.

Porque aquel sentimiento de solidaridad de los primeros tiempos había sido secuestrado poco a poco por la propaganda gubernamental y por los medios de comunicación –cada vez más controlados por el poder–, que no dejaban de recordar las consecuencias de la avalancha africana: paro, delincuencia, enfermedades, violaciones, proselitismo islámico, repugnante mezcla de razas... Por si fuera poco, las nuevas leyes castigaban con severas penas a quienes proporcionasen ayuda o cobijo a los indocumentados.

Aun así, se sabía de la existencia de una anónima red de disidentes que se habían organizado para dar asistencia a los inmigrantes. Se decía que burlaban las alambradas que mantenían inaccesibles las playas de Punta Paloma y Bolonia, y que daban refugio a los desesperados que llegaban del continente sur escapando del infierno cotidiano.

Mientras Joaquín reflexionaba sobre todo esto, distinguió unos sonidos agudos que rompían el rítmico tableteo de un helicóptero próximo. Miró hacia las escasas dunas que aún quedaban y percibió unas manos que se agitaban, semiocultas entre unos cañaverales, y unos gritos pidiendo ayuda. Joaquín sintió un frío helado subiéndole hasta la garganta y se dio media vuelta a toda prisa huyendo de la playa. No quería mirar, sólo quería dejar de oír aquellos gritos, poco a poco sofocados por el helicóptero cada vez más cercano. Y de pronto, una ráfaga de ametralladora terminó en un alarido ya casi inaudible, fundido con la turbina de la aeronave.

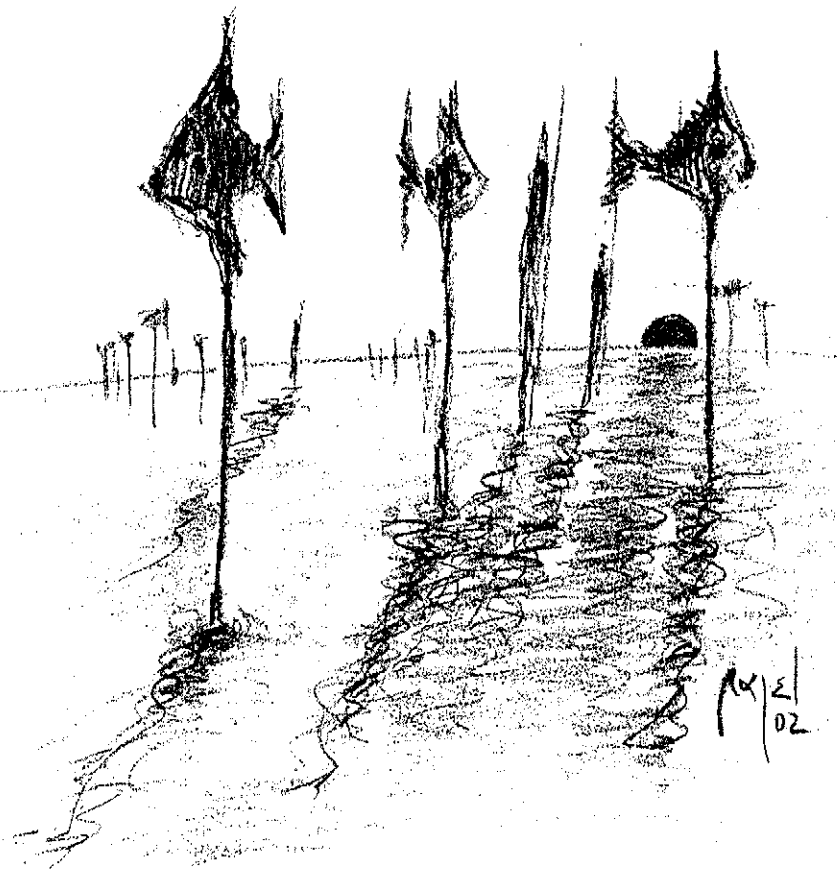
Joaquín avivó el paso y se adentró en la ciudad, las mandíbulas apretadas, los ojos casi cerrados, intentando borrar de su memoria aquellas últimas escenas, reconstruyendo los recuerdos de aquella otra época feliz y grabándolos a fuego como estampa remota de aquella playa de su juventud a la que sabía que ya no volvería más. Porque hoy tampoco había estado allí, se repetía una y otra vez sintiendo esa frase como un martillo que le dolía entre las cejas.





# EL MAR APAGADO

*Juan Emilio Ríos Vera*





Hay que acudir a las palabras  
cuando no queda otro recurso posible.  
Hay que utilizar las palabras  
como única esperanza aunque en realidad  
sean silencios disfrazados de sonidos,  
y esperar que tatúen con su voz rotunda  
la piel de cada ola, que taladren  
los cerebros cuadriculados  
y que se grabe a fuego  
en la dura cáscara de los intolerantes,  
pero es lo único que nos queda,  
la palabra, y no es poco consuelo.  
La palabra puede ser a veces como la sal  
en la herida o el dedo en la llaga,  
contundente y dolorosa o  
puede ser como una paloma de espumas  
que se deshace en el aire,  
pero siempre nos queda la palabra  
y no hay que renunciar a ella.  
Y hoy estamos aquí para denunciar  
con palabras que, ojalá se impriman

en el viento y en nuestras conciencias,  
que ese mar nuestro,ese mar luminoso,  
ha apagado otra vida,ha borrado otro nombre  
de la arena y se ha tragado su memoria,  
dejándonos ante los pies  
un cuerpo frío y sin nombre,  
un pálido corazón que se ahogó  
en su ímpetu por ser feliz  
y por ser libre bajo el cielo.  
Pero no es culpa del mar su muerte,  
no es culpa del mar tanta sangre derramada,  
tanto ahogado aliento,  
tanto papel mojado.  
Hoy el mar se ha apagado  
como una antorcha de agua.  
Y sólo nos queda la palabra  
para lamentarnos,para dibujar  
en el aire un mar sin fronteras,  
sin aduanas y sin banderas,  
un mar dispuesto al abrazo  
como un libro abierto.



# LA DECISIÓN

*Luis Baluarte*



Las circunstancias habían rodado así y no le quedaba más remedio que apechugar con las consecuencias. Ahora tendría tiempo para pensar. Los días eran largos y las noches aún más, así que su cabeza caminó de cavilación en cavilación. Y en estas mientes vino en decidir que, tan pronto como su situación mejorase, emigraría al país vecino, pues ya estaba harto de tanta tiranía y tantos atropellos. Así lo comentaba con sus compañeros de fatigas cada vez que el tema encartaba.

“Estas cosas son inaguantables. Nunca nuestro país se ha visto sometido a más tiranías que ahora. Ahora, que es cuando nos dicen que hay más libertades y más democracia; será para ellos, para los ricos, para los privilegiados. Y para las mujeres. Ésas sí que tienen libertades.”

Si alguno de sus amigotes se extrañaba y, pongamos por caso, preguntaba o comentaba: –¿Las mujeres más libres? ¿Cómo es posible eso que dices?

Entonces, él respondía raudo: “Pues sí. Cada día son más libres; estudian más, saben más y no hacen más que repetirte sus derechos: derecho a vestir como les da la gana; derecho a ir a la playa medio desnudas; derecho a salir y relacionarse con quien les da la gana. Vamos, que ya no puedes hacer carrera de una hija con las influencias de las películas y de los programas americanos que ven por la televisión. Ahí, ahí está el gran mal de nuestro pueblo: tanto programa basura, tanta relajación religiosa y de las buenas costumbres. Toda esa corrupción, todo ese mangoneo lo ha traído la democracia, la permisividad de las autoridades. ¡Antes iba a pasar eso! ¡Pero qué se va a esperar de estos políticos serviles, que sólo hacen de coro con los poderosos y únicamente buscan medrar y enriquecerse y el pueblo no les importa nada. Antes estábamos mejor, mucho mejor. Por eso, en cuanto esto se acabe, emigro”.

–Pero, hombre –le argüían algunos camaradas del patio–, cómo puedes decir eso. De sobras sabemos que allí sí que existe una tiranía, tan sólo con...

Pero él no les dejaba acabar nunca: ¡Mentira; mentiras de nuestro Gobierno y de la prensa oficial! Allí un hombre es un hombre; allí, cuando un tío da una palabra la cumple. Además, hay más trabajo que aquí. Aquí, no hay trabajo para mí, para mis capacidades”.

Algún listillo replicaba: –Pues no sé, porque esos tíos no paran de venir...

“¡Qué no, que es lo que yo os digo! Allí hay trabajo para gentes como nosotros; los que están viniendo son unos ‘mataos’, que no sirven ni para hacer puñetas. Y de las mujeres, qué me decís de las mujeres. ¡Ésas sí que son mujeres; y las hijas sin rechistar hacen lo que manda su padre! ¡Qué no, colegas, que en cuanto cumpla los dos años por zurrarles a las putas de mi mujer y mi hija emigro para Marruecos! Y si me tengo que cambiar de religión, pues me cambio y se acabó. Pues anda, que no se está bien con cuatro mujeres”.



# LA MUÑECA

*Mario L. Ocaña Torres*

Recuerdo que desde la noche anterior no pude coger el sueño. Ni abrazándome a mi hermano, con el que dormía cuando los nervios me mantenían insomne. Desde que papá anunció el martes, en la mesa, que el sábado iríamos a Gibraltar, un pellizco de inquietud me presionaba la boca del estómago. Subir a un barco era una de las cosas que más anhelaba, en aquellos días ya lejanos de mi infancia. Jamás había sido pasajera en ninguno, aunque sí tripulante de las barquillas que sacaban los copos en la playa durante el verano. A papá le gustaba mucho la mar, los barcos y la pesca. A veces, nos levantaba temprano y nos llevaba a la lonja, medio dormidos, para ver los peces que los barcos traían a tierra. Otras veces, los domingos por la mañana, nos llevaba a ver los inmensos transatlánticos que atracaban en el puerto. Siempre me daban pie a pensar en países lejanos, cálidos y multicolores. Por fin, aquel sábado, sin colegio por la tarde, mi hermano y yo íbamos a estrenarnos como marineros, aunque la singladura fuera corta y de ida y vuelta. El *Aline* no era más que un pequeño transbordador. Tanto que los días de mar agitado el paquebote no se atrevía a soltar amarras y se quedaba guarnecido junto al muelle. Pero a mi hermano y a mi nos pareció entrar en otro mundo cuando, sueltos de las manos de papá y mamá, subimos la escala y pusimos los zapatos de charol, que mamá nos había obligado a colocarnos como cuando visitábamos a la tía Isabel o íbamos a misa los domingos, sobre la cubierta de madera del viejo vapor.

Sería a comienzos de la primavera. A finales de los cincuenta. A pesar de los intentos de mamá por retenernos a su lado y de las regañinas, no paramos de zascandilear de un lado a otro del barco y, cuando éste abandonó el dique y rompió las aguas azules de la Bahía, gritamos como locos al divisar los lomos oscuros y brillantes de los delfines. Aplaudimos sus saltos y dimos vivas cada vez que realizaban una pirueta en el aire, acomodados en unos cabos adujados en cubierta. Tantos delfines vimos aquel día que, al llegar a puerto, teníamos la garganta enronquecida y el culo colorado de algún cachete que papá, cuando nos pilló, no tuvo más remedio que darnos.

De la ciudad nos gustaron, a mi hermano y a mí, las tiendas de chucherías. Había caramelos, chocolatinas, dulces y golosinas cuyos colores, formas y sabores nunca habíamos sido capaces de imaginar. Nos sorprendió la forma tan rara de hablar que tenía la gente. Es inglés, dijo papá cuando preguntamos. Empezamos a no entender algunas cosas. Mi madre compró café, azúcar, té, medias y ropa interior –lo sé porque fui con ella–. Mi hermano, que quiso venir con nosotras, se fue, refunfuñando, con mi padre a comprar tabaco. Pasamos casi toda la tarde de tienda en tienda. No

nos portamos muy mal y mis padres nos recompensaron. En la calle Real, entramos en la Casa Colorada, un almacén donde había de todo, incluso juguetes. Nos quedamos boquiabiertos, acostumbrados como estábamos al cuchitril que tenía Paco "el Barato" en la plaza de abastos del pueblo. Allí había de todo: osos de peluche, pelotas de colores, trenes eléctricos, coches de hojalata, soldaditos. Mi hermano se decidió por un balandro de velas blancas y casco azul y yo salí, como un pavo real, llevando en mi regazo una preciosa muñeca vestida con un traje rojo, de pelo rubio y ojos azules que me había cautivado con su mirada de cristal desde la estantería.

Embarcamos de vuelta cuando empezaba a anochecer. Papá saludaba a muchas personas que volvían a Algeciras. Observé –siempre fui muy curiosa– que muchos hombres llevaban trajes excesivamente holgados. De varias tallas más. Me sorprendió. Papá tenía un taller de sastrería en la calle Castelar y un detalle como ese no pasaba desapercibido ante los ojos de la más joven de sus aprendizas. Sobre todo cuando eran tantos los hombres que estaban en la misma situación. Es para pasar tabaco de contrabando por la frontera, me dijo papá, bajando la voz y acercando su boca a mi oreja. Fue la primera vez que oí esas dos palabras. Papá no intentó explicarme que significaban, quizás, pensó, que era demasiado pequeña para entenderlo. Pero se dio cuenta, al mirarme a la cara, que se lo estaba pidiendo. Me cogió de la mano –mi hermano jugaba con el balandro junto a mamá en la cubierta– y me llevó escaleras abajo. Esto es la bodega –dijo– y esos hombres son contrabandistas. Varias personas se ataban unos paquetes –de tabaco, cuarterones de picadura, me dijo papá que se llamaban– con cuerdas al cuerpo. Cuando terminaron, los trajes les quedaban como anillo al dedo. Ninguno se extrañó al ver a papá. Lo saludaron. Supe que papá tenía algo que ver con aquellos trajes. Recordaba las pruebas de algunos de ellos colgadas en los maniqués sin cabeza del taller. Pero no le pregunté. El tabaco es más barato aquí que allí –dijo papá, intuyendo mis dudas–. Si pasan la frontera, y no los pillan, pueden ganarse unas perras, no muchas, y, de paso, ayudar a sus familias. La guerra nos ha dejado una herencia de miseria y la gente tiene que buscarse la vida como puede. Deduje que en aquel asunto a alguien no le hacía gracia que el tabaco fuese de un lado a otro libremente.

Aquel cuarto tan grande olía a sudor y a ropa húmeda. Papá dijo que era la Aduana. Unos guardias de uniforme grisáceo y gorra de plato, a la luz de unas bombillas amarillentas, tras unos rancios mostradores de madera, preguntaban si teníamos algo que declarar. Papá dijo que no, que había comprado ropa –para mamá–, tabaco –para él– y juguetes –para los niños–.

Supe, mucho más tarde, que se llamaba López. El sargento López, de la Brigadilla. Me lo dijo papá. Nunca olvidaré su cara de piel oscura y su bigote, negro y grande, como de ogro de cuento; nunca olvidaré su mano gigante avanzando hacia mi muñeca. De arriba, abajo. Desde la oscuridad a la luz. No fui capaz de moverme, aunque las canillas me temblaban. Me quede petrificada cuando su manaza la cogió, sin ninguna delicadeza, despeinando sus hermosos rizos rubios. La puso boca abajo, le subió las faldas y las enaguas hasta la cabeza y luego, sospechando que quizás ocultaba en su interior algún cuarterón de picadura –como había dicho papá– le retorció el cuello y le arrancó su hermosa cabeza de piel de plástico y ojos azules de cuenta de vidrio. Por último, en un esfuerzo inútil por localizar alguna muestra de contrabando –yo ya sabía que lo que buscaba se llamaba así– hurgó con sus sucios dedos en el interior de su cuerpo, destrozando, para siempre, aquel ser adorable.



Papá, cuando llegamos a casa, arreglamos la muñeca –que ya nunca sería la misma– y consiguió, con carantoñas y arrumacos, que se me pasase la llantina, me dijo que aquello era una frontera. Una línea imaginaria sobre la tierra o el mar, inventada por los hombres para separarse unos de otros, pero no vivir juntos, para hablar lenguas distintas y adorar dioses diferentes y, sobre todo, para romper las ilusiones y los sueños de los niños.

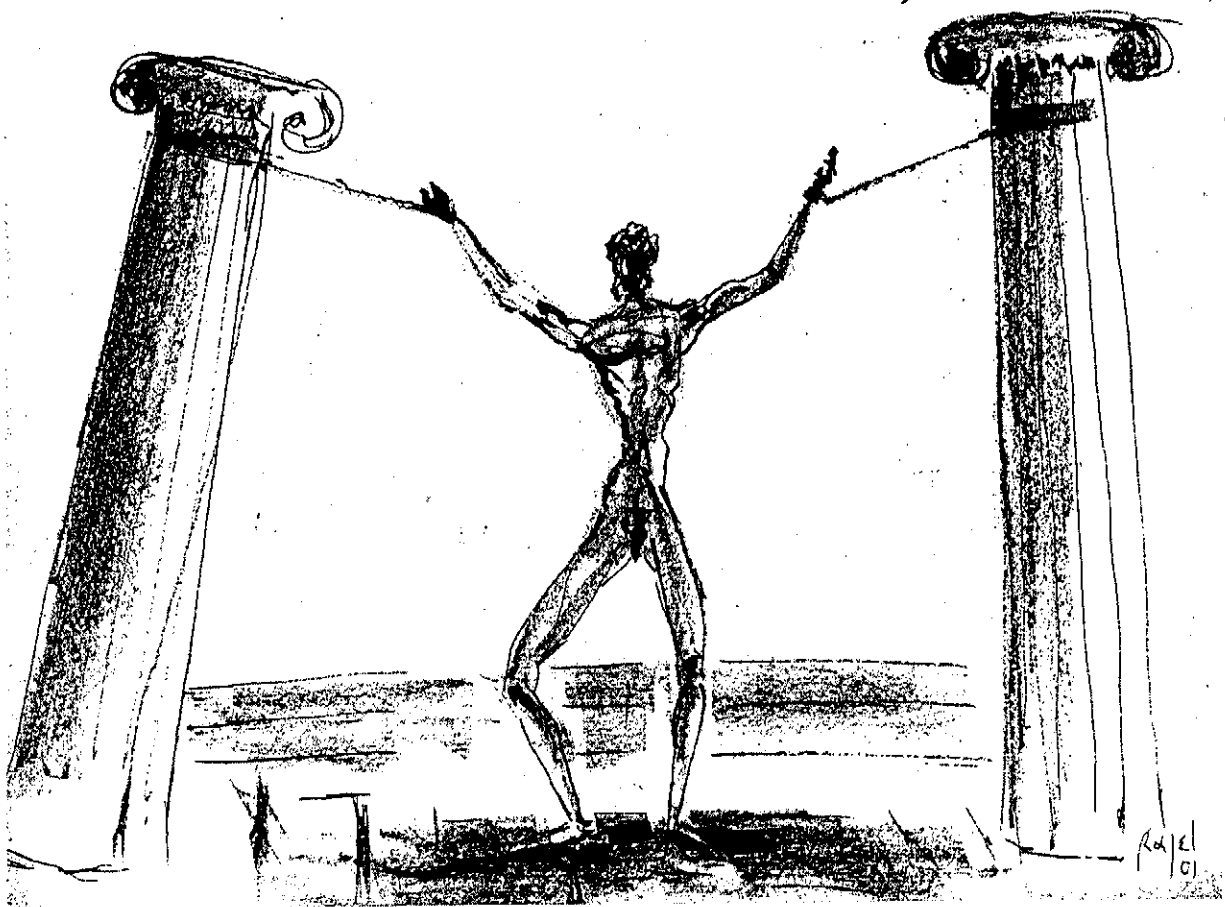
Desde entonces las odio.



(SIEMPRE ES AQUÍ)  
(LA MANO Y LA ESFERA)

# ENTRE LOS DEDOS DE UN DIOS GLOBAL

*Luis A. del Castillo Navarro*



Alguna vez, atesoré tus miradas acariciándolas  
avariento en este borde que es confin de ausencias.  
¿ Te llamabas...? Tu nombre envuelto en canciones  
al son que tu negrura engullía mi sangre.  
Para qué las palabras en este lugar  
hace muchas vidas que nosotros, amor  
somos una existencia desvanecida  
entre puñales y hachas de abordaje  
en esta frontera estrecha sin magia  
ahora fotografías despedazadas, vuelo al Levante  
de allá para acá, aquí en las *Ruinas de Baelo Claudia*.

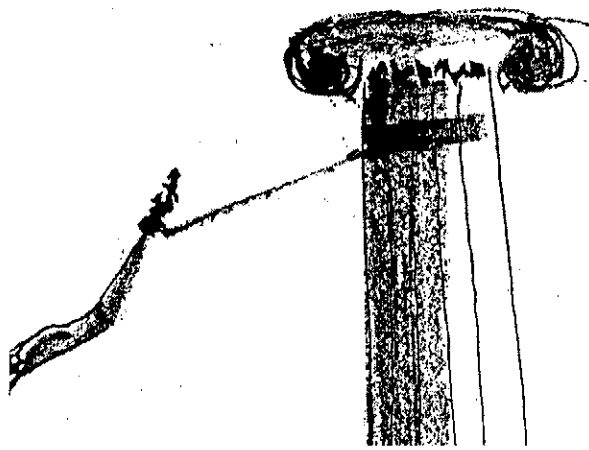
Alguna vez tú y yo, amor, seremos, fuimos libres  
para amarnos y soñarnos mutuamente. Luego  
cuando el sol de la noche apagó su hoguera  
nos odiamos. Alguna vez en esta costa de peligros  
nos perdonamos y recatamos la luna ahogada  
aquí, en el jade de este *mar estrecho y eterno*.  
Fue entonces cuando bebimos la esencia  
sorbiendo en nuestras lenguas la vida ligera  
durante los días últimos del último verano libre  
cuando allá lejos, en *el corazón del Imperio*  
dos llamaradas arrasaron nuestro mundo.

Los Pinares, 20/6/2002, por la tarde  
del día de la Huelga General.

Siempre es aquí. ¿Te has dado cuenta, amor?  
Por qué este lugar hoy, hace mil años  
ahora y hasta el final  
cuando en nuestros ojos no reste un segundo  
ni un beso tan siquiera de la *vida nueva*  
o aquellas mariposas que soñaban la risa.  
Soñaban mientras *la plaga roja y el barril*  
con toda la podre del poder rodaba,  
sí, rodaba Irish Town abajo  
para alcanzar inmisericorde Tánger  
y salpicar Algeciras con su ola desmesurada.

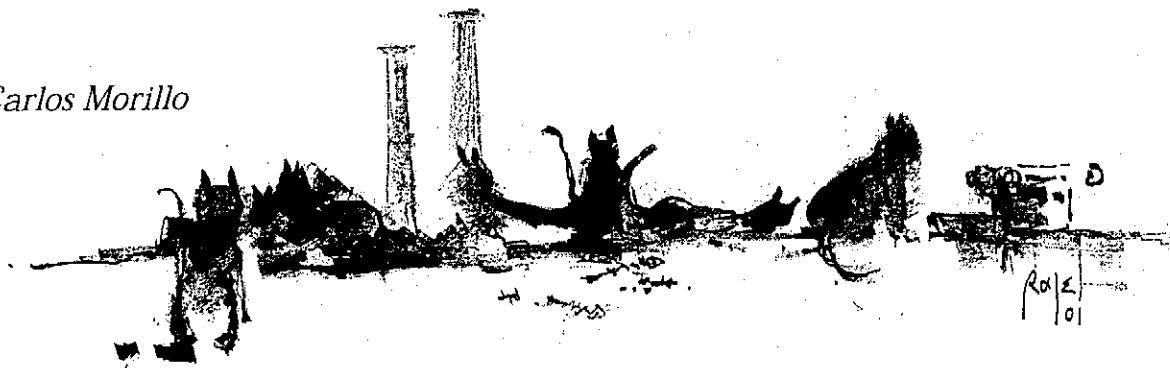
Siempre es aquí. Igual da el color de tu piel;  
me importa un comino si traes amor u odio.  
A la madrugada Hércules se despierta cabreado  
pero ya no hay tiempo para oraciones o blasfemias  
sólo queda engañar a los elefantes, animarlos  
para que beban la mezcla de agua marina y fueloil  
en un trago único que abraza el alma  
dejando intactos los vellos sobre la piel. (¿Cáscara?; tal vez mejor)  
Por qué en este lugar, a mediodía, soy Peter Pan  
mentecato ignorante que siembra ilusiones  
con veloces barcos, tritones y delfines del Estrecho.

Estás tan próxima desde allí y desde aquí  
que no extraña *la mano y la esfera*  
gesto, caricia iniciática sobre los (susurros) conjuros  
aquí, en la ribera de los gigantes,  
que millones de aspás envían girando allá.  
Atracción vital, *sirenas del XXI*  
no queda ni existirá *cera* para tapar vuestros oídos.  
Cruzar, cruzar galopando la luna hundida  
jinetes borrachos con los licores del engaño  
pobladores del Destino vuestras vidas futuras  
gavillas entre los dedos de un Dios Global.



# CERCANÍA DEL PARAISO

*Carlos Morillo*



"That is Paradise"  
Pound. Apuntes Canto CXVII

La repentina tormenta de anteayer,  
el brillo del relámpago,  
la fuerza del agua  
y el viento sonando de esquina  
en esquina.

Yo detenido en la naturaleza  
y Pound con su sombrero,  
la mano en el bastón, góndola atracada,  
afirmando que cuando el viento habla  
el paraíso está cerca.

Algunos días de noviembre cuando el sol  
escapa de las estrictas nubes negras  
las niñas se desciñen los abrigos  
y los gatos husmean entre la hierba crecida,  
el aire dándote en la cara

y Pound, con veintitrés años, en Gibraltar  
paseó entre bares y burdeles,  
sospechando que al levantarse la falda  
*el paraíso está cerca.*

Y entonces es primavera en el cementerio de Trafalgar  
y las lápidas del recuerdo llenan  
de pólen de los árboles que mezclan  
sus raíces hondas con los huesos de los muertos  
y Pound anota los nombres en fino papel  
y toma un trago de agua salina,  
creyendo que cuando se escribe  
el paraíso está cerca.

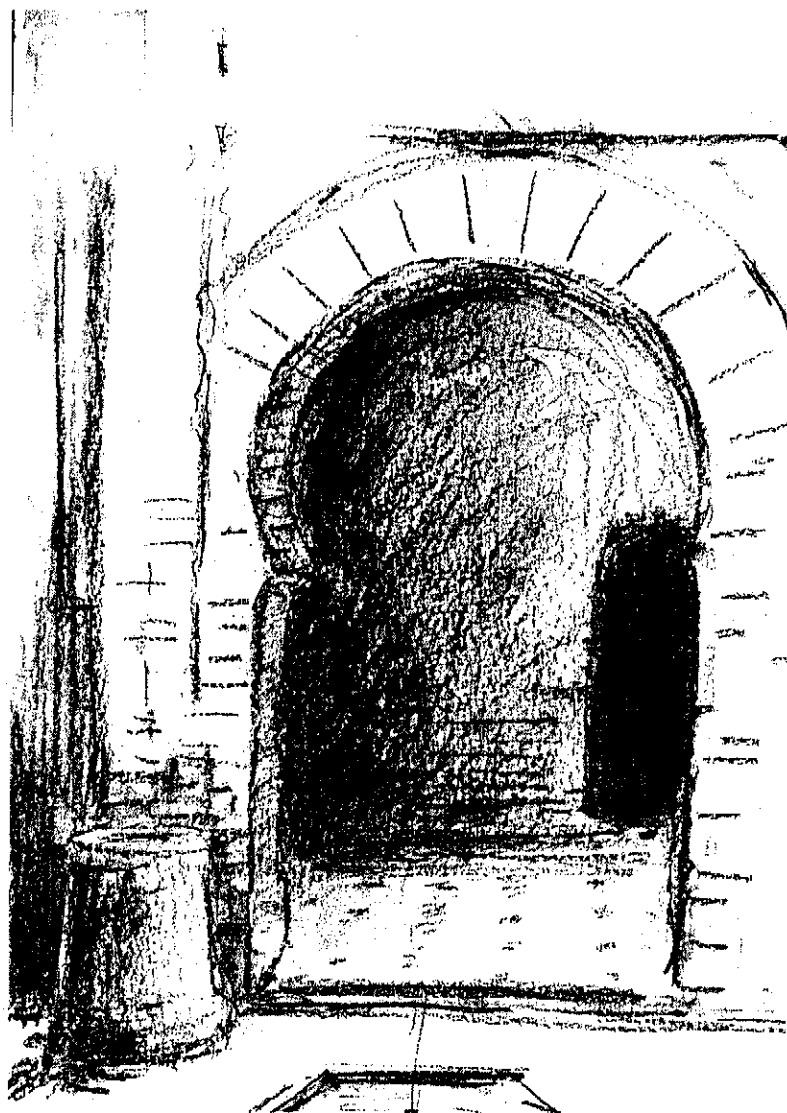
El día caducado. Lluvias. Viento.  
Desorden. Paseos. El pólen amarillo.  
Las nubes y la vida.  
Pound está muy cerca.  
Es el paraíso.





# EL PARAISO DEL NORTE

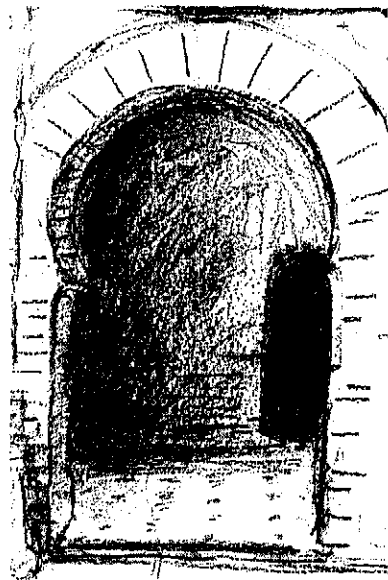
*José Villalba & Vicente Gualda*



Muy atrás quedan ya las ardientes arenas de Merzouga. Este bálsamo salino y luminoso que ahora nos agita el cabello no es otra cosa que la brisa del mar, de la que tanto te he hablado. Hace tiempo que dejamos a nuestras espaldas Er Rachidia, y Alá premia nuestro duro peregrinar permitiéndonos la contemplación de esa franja de territorio incierto que, entre brumas, insinúa el vergel mediterráneo a cuyas puertas se alza el monte Tarik. Si te he traído hasta aquí, al pie de estas aguas de fresco cobalto, rebasadas con denuedo las fronteras del desierto, franqueados con paciencia los ásperos riscos y cubiertas las distancias a través de soleadas llanuras o sinuosos caminos de cabras, no es para que te asombres ante la inmensidad del mar ni para que te sobrecoja el murmullo de su furioso oleaje. Hijo, si te he arrastrado hasta estas rumorosas playas es para que fijes la mirada en el horizonte y contemples lo que una vez te perteneció. Aquellas elevadas montañas, que hoy apenas asoman sus afiladas crestas entre las nubes pero que en los días de azul intenso pueden distinguirse con increíble claridad, no son farallones que enmascaran un vacío abisal ni pertenecen a una isla poblada por bárbaros de pelo amarillo. Esas montañas forman parte del paraíso que una vez acogió con generosidad a nuestro pueblo y del que fuimos expulsados en tiempos inmisericordes, unos años tan lejanos que el dulce recuerdo de Al Andalus adquiere de boca en boca, entre nuestra gente, ecos de placentera leyenda. Fuimos injustamente devueltos a la arena, como escorpiones, y desde entonces añoramos lo que sin duda nos pertenece. La gente del norte piensa que nuestro sitio está entre las dunas, soportando las duras ventiscas, conviviendo jornada a jornada con nuestro mayor enemigo, el desierto, que nos embriaga en virtud de su pacto con la inmensidad, pero que también nos condena ferozmente a la miseria y a la extenuación. Por contra, el norte nos deslumbra con ensoñaciones florecidas al margen del tiempo. En esa tierra fuimos respetados y dichosos, y sin duda por eso aún hoy permanece su nombre en nuestros oídos como el rumor de una fresca cascada. Han pasado los siglos y nuestro pueblo suspira en silencio añorando el cielo estrellado de las noches cordobesas, y en nuestra memoria aún bordonea, como una urgente llamada, el aroma del azahar de los patios sevillanos. Te he hablado repetidamente, como si mil veces los hubiera explorado, de los senderos floridos del Generalife, del apacible silencio que se mece en las frondas de los jardines de la Alhambra, en cuyos verdes tapetes todavía resuena el paso de las princesas nazaries, pero al pie de cuyos muros también se oye, como una tenue letanía, el eco del llanto del moro. De los nuestros, en esas tierras bendecidas por Alá, persisten, a modo de avisos dirigidos a la conciencia, luminosos palacios y magníficos alcázares entre cuyas musgosas piedras bulle la fascinación de lo que fuimos y la aflicción por lo que

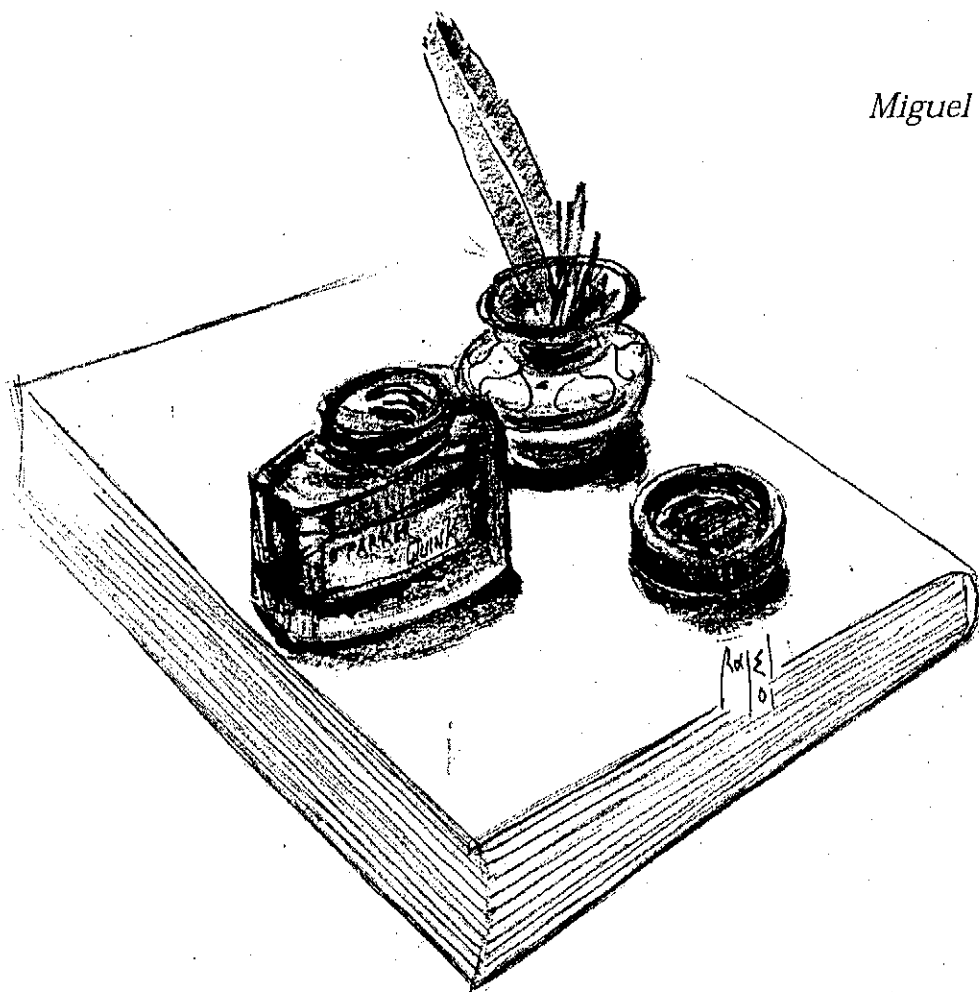
perdimos. Imagina unas ciudades prósperas, libres del azote del viento y de la arena. Imagínalas rodeadas de campos ubérrimos y de bosques amenos por los que pasear en feliz compañía cuando la tarde refresca. Figúrate las calles trazadas como al capricho de la sombra y de la luz, el acento musical de los lugareños, la miel de los momentos felices vividos bajo la radiante compañía de los siglos. Pasea la mirada de la imaginación por las somnolientas rampas de piedra flanqueadas de casitas blancas en cuyas rejas se besan las enredaderas y el sol poniente, los geranios y el perfume de la muchacha que pasa con un cántaro apoyado en la cabeza. Sonríe al abrir paso al cortejo de una boda, o entretén tu atención en aquella chiquilla de cabello oscuro que porta a horcajadas en la cintura a un pequeñuelo de mirada curiosa. Saluda cortesmente a esos chopos que se estiran en la ribera del río con aire de señores principales. Aproxímate al vuelo del zorzal, al canto del ruiseñor, a la astucia del gorrión, al vistoso plumaje de los jilgueros. Toma con tus manos, y condúcela a la boca, una de esas bayas de dulce sabor que pintan de roja abundancia el ramaje de aquellos arbustos. Al Andalus llora nuestro exilio y nosotros, como si de una horda de negros demonios se tratara, sucumbimos al retiro de un infierno ondulado. La dicha y la abundancia residen al otro lado del mar, entre jardines tÍbios. Si te he traído hasta aquí, hijo, no es para conozcas los límites de nuestro destierro, sino para que tu retina se colme del lejano destello de un paraíso perdido. Para que contemples lo que algún día ha de ser tuyo otra vez.





# EN LA FRONTERA

*Miguel Guerrero*



Estoy muy cansado, acurrucado en el fondo de la patera. Todos estamos muy nerviosos.

El frío de la madrugada cala nuestros pobres huesos, es la secuela que la humedad de las ropas mojadas nos regala en esta cruda alborada. Tiemblo, no sé si de miedo, frío o de las dos cosas a la vez. El cansino ruido del motor penetra monótono en mi cerebro martilleando incansable mi dolorida cabeza. Repiquetean en mi pecho los latidos del corazón galopando salvaje en las praderas de la ansiedad.

A mi lado, el resuello angustiado de Muhammad, inseparable compañero de fatigas. Crecimos juntos; jugábamos entre miserables chozas, cuna de la desesperación y el hambre. Él fue quién encendió en mí la llama de la esperanza, de la fe en un mundo más justo. Con él planeé la fuga de un siniestro presente; con él dejé mis padres, mi familia, mis raíces; con él me alejé de Fátima; con él busco un futuro mejor.

El viento azota mi rostro, las olas chocan incansables contra la proa de nuestra pequeña embarcación. Hace rato que el agua entra en la barca mojando nuestros ateridos pies. La patera se hunde cada vez más. Ni Muhammad ni yo sabemos nadar. Le preguntamos al patrón si llegaremos a la costa. No nos oye, mira nervioso la orilla, pero no nos oye. Observa aterrado las rugientes olas rompiendo contra el acantilado rocoso. Está cerca, pero tan lejos. Algunos lloran, otros gritan; Muhammad reza, yo hago lo mismo. Europa no nos quiere. ¡Tanto tiempo hemos soñado con llegar al paraíso y está tan cerca!, casi lo tocamos con las manos.

El agua nos llega a la cintura. Nuestras pobres pertenencias guardadas en viejas bolsas flotan de un lado para otro. Mi amigo me llama desesperado con el terror asomando a sus ojos, me abraza y llora. La patera está casi sumergida. Un argelino se arroja al mar y se aleja nadando, otros siguen su ejemplo. Con la mirada nublada por las lágrimas y la desesperación los vemos acercarse a la ansiada línea de la costa, pero Muhammad y yo no podemos hacer lo mismo, no sabemos nadar.

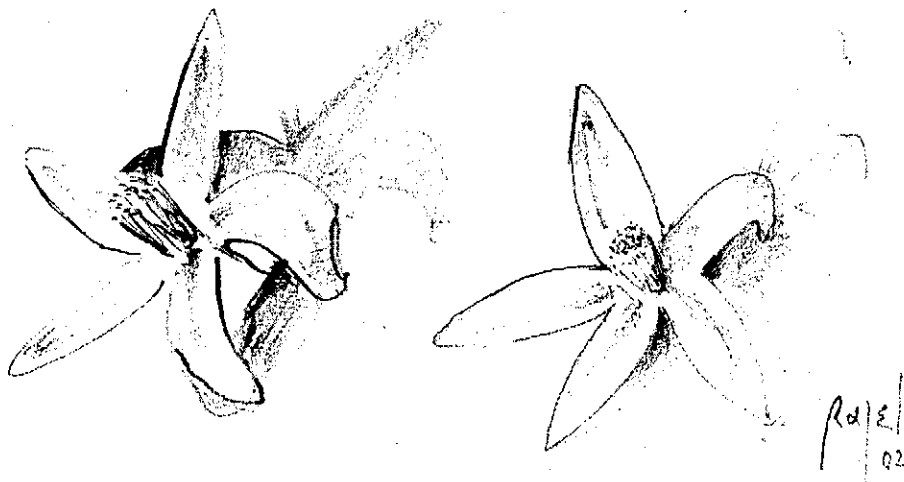
Estamos casi sumergidos, apenas siento el suelo de la barca. Nos agarramos a nuestras bolsas y noto cómo desaparece el contacto con la madera de la patera. No hay nada bajo nuestros pies, sólo agua, profundidad, horror. Todos nuestros compañeros de viaje han desaparecido, nadan aterrados buscando la salvación en la tierra. Muhammad me mira, apenas puedo sostenerme y lo veo separarse irremediamente de mí. Desaparece bajo las aguas y vuelve a aparecer, bracea desesperado. Grito, pero nadie nos oye, estamos solos. Trago agua, no puedo respirar...

...Estoy tendido en los cantos rodados de la costa. Empapado. Las gaviotas revolotean cerca. Las olas mueren mansamente apenas rozando mis pies. No siento frío, ni dolor... ¡A pocos pasos veo a Muhammad! ¡Qué alegría, se ha salvado! Pero no me puedo mover, quiero acercarme y abrazarle, pero no me puedo mover. ¿Qué me pasa? Siento pasos sobre las piedras de la orilla, se acercan. Al fin veo unas botas a la altura de mis ojos. Se agacha y me observa, después se aproxima a Muhammad...

-¡Están muertos!

# LA MUJER MUERTA

*Nieves García Benito*





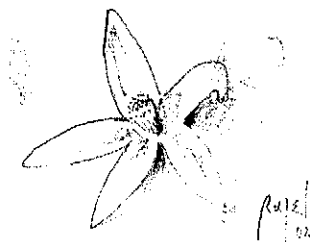
Sólo eran las dos y media de la tarde de aquel día en que maldije a mi especie. Un rubor sofocante desde lo más hondo de mi piel comenzó a paralizarme frente al televisor, frente a la ensalada de verduras, frente a quien estaba a mi lado. Un silencio plano me dejó la respiración latente y la mirada turbia como de no ver nada, o de no querer ver. El instante duró un siglo. El deseo de que la cámara bloqueara la imagen, una eternidad. Volvió el tiempo muerto y era verdad, ahí estaba. Con el regodeo de una morgue de andar por casa, con la lentitud de una imagen querida como noticia bomba, con la obscenidad de un cuerpo maltrecho como un *auschwitz*.

Era la mujer desnuda, embarazada, marroquí, joven, sola, muerta.

Entablada entre el *zapping* de un coche-ligue con un viejo barbacoa y lo último en depilación, miles de ojos contemplando el espectáculo del horror y la vergüenza, de la hetaira inmigrante acunada por una ola incapaz de soportar tal desamparo. Humillada. Ella y su pueblo, en medio de un carnaval de violar a los muertos y a las muertas. Degradada en su desnudez pública, en su preñez. Hinchada por el cuerpo de su hijo, recién agonizada.

Maldije a este siglo venidero y a los montes de este Estrecho que semejan mujeres muertas como tumbas del mañana. Maldije a mi especie asesina renegando sin consuelo, sofocando el terror que nos invade cuando aquí, entre homicidas, nos prohibían honrar a nuestros muertos.

Tarifa, 3 de mayo de 2001



# ÁNGEL DE EBANO

*Carolina Serrano Hidalgo*



"El Ogro" se debatía en "posibilidades imposibles" (parafraseando a J. Manuel de Prada) y en cavilaciones inconexas que asaltaban y trabucaban su mente.

-¡Qué paquete me va a caer!- exclamó, de repente, perturbando la quietud del bebé que dormía plácidamente a su derecha.

-Pero, bueno, no tuve elección, como mucho se hubiera convertido en un juguete publicitario del "lado más dramático de esta situación", como ya han proclamado muchos medios de comunicación. ¡Morbosos, que son unos morbosos! Y de los espectadores que ven esto, ya ni qué decir.

Algunos hablan y hablan sin saber, juran y perjuran que la culpa es del Gobierno de allí, que no hace nada para evitar que vengan aquí a quitarles no sé qué. Otros sueltan lagrimitas de cocodrilo y se lamentan de que esto no puede ser, tantos niños, y luego van por la calle con malditos prejuicios y comentan *por lo bajini*:

-Si es que no puede ser, ya están llegando demasiado negros y moros y aquí no cabemos. Después se dan a la delincuencia y ¿qué, eh?

Y los que saben, callan. Porque saben que la solución no conviene (al denominado primer mundo, claro).

Y la gente sigue hablando, una y otra vez, la historia interminable, el tema mil veces machacado, el mismo maldito pez que se muerde la cola. Millones de titulares, litros de tinta derramada. Estamos hartos de oír siempre lo mismo, que si el problema de inmigración por aquí, que si la ley de extranjería por allá (...). No es sólo que estemos con las manos atadas es que simplemente es muy cómodo no dar el primer paso.

Y, después de este largo monólogo el temible "Ogro" dirigió la mirada hacia esa preciosa criatura y acercó su enorme índice hacia la manita del bebé que lo agarró con cinco diminutos deditos.

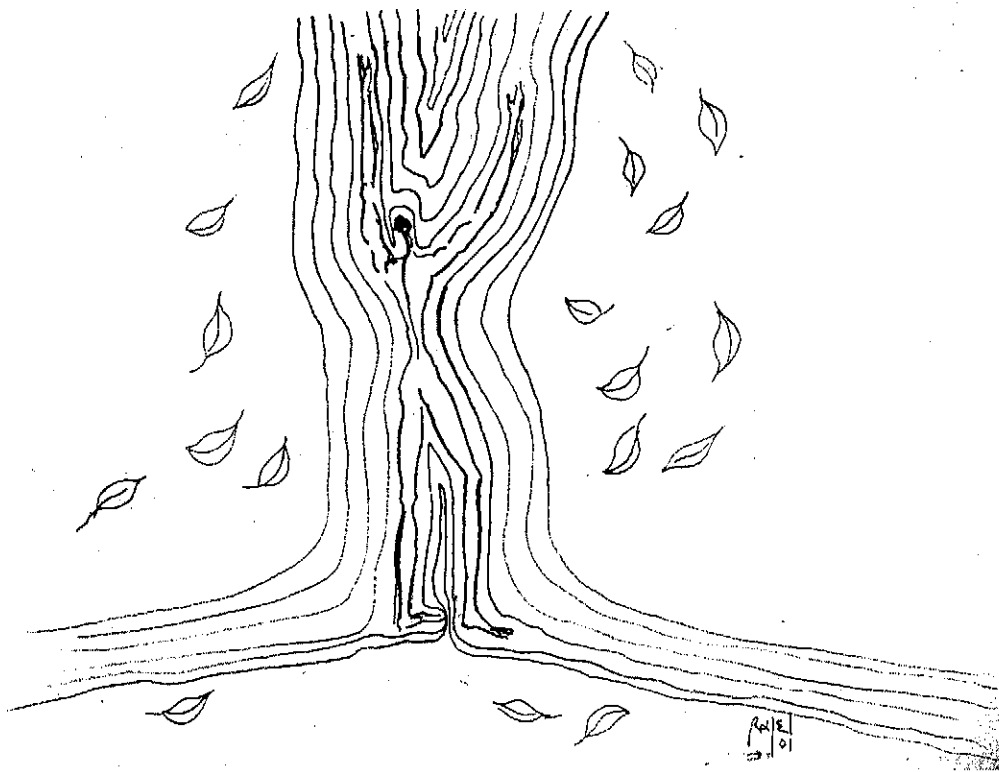
-Pase lo que pase y después de todo, ha merecido la pena actuar en el momento preciso -musitó "el Ogro"-.

Y aquella noche durmió como un bendito toda la noche vinculado a ese ser recién llegado a su vida.

Y afuera, lejos, muy lejos, allí donde se dice que el cielo es cada vez más negro y más profundo, una estrella nació y emitió un rayo de luz que se introdujo por la rendija de una persiana y brilló en al frente de un ángel de ébano que dormitaba.

# SENDEROS DE SIRIO

*Paloma Fernández Gomá*



Los silencios reposan  
en los márgenes de toda atmósfera  
junto a la luz y los mirtos.  
Cabizbajas las sombras huirán despavoridas  
y extenso el aire se mecerá  
en su quietud de atardecer.

En alta mar  
estarán los sentidos dormitando, ausentes  
de la espuma,  
fundidos en la calma  
que transita la madrugada.  
Hoy en la cumbre se agitan las hojas  
sobre cauces de arroyos.  
Marejada de sal sobrevuela los montes,  
llenando la tierra de ecos enterrados  
cerca de las barcas.  
y en la arena,  
proclamando que habrá de ser rocío entre los olivos.

Profundos cuencos de órbitas lejanas  
habitan las raíces.  
El ramaje, celosía improvisada, vierte su canto  
hasta penetrar los surcos del viento.  
Se inmolará la tarde  
en tránsitos de oscuras noches.  
Los últimos hálitos de todo viento  
serán perfil de atardeceres  
derramando olas hacia las orillas,  
erosionando rocas en cariátides de elevadas antorchas.  
el humo de los leños se pierde en el seno maduro  
de los días sin tiempo  
circundando el aire de ondulantes formas.

يستريح الصمت  
في هوامش كل جو  
جنب النور والريحان.  
مطاطة الرؤوس، تهرب الظلال مذعورة  
وفي سكينة مسائه  
فسيحا سوف يهتز الهواء.

في أعالي البحر  
سيوف تغدو الأحاسيس نائمة وغائبة  
عن الزيد،  
ذائبة في الهدنة  
التي تعبر السحر.  
في القمة تهتز اليوم الأوراق  
فوق مسيلات جداول.  
تموج ملح فوق الجبال يحلق  
مالئا الأرض بأصداء دفينة  
بالقرب من الزوارق  
وفي الرمال،  
معلنة أنه ينبغي لها أن تصير ندى ما بين شجر  
الزيتون.  
أحواض عميقة من مدارات نائية  
تسكن الجذور.  
والأغصان، ستارة مؤقتة، تسكب غناءها  
إلى أن تخرق أخايد الرياح.  
أثناء عبوره الليالي  
المعتمة سيقدم المساء أضحية.  
الأنفاس الأخيرة لكل ريح  
سوف تكون ظل مساءات  
وهي تصب أمواجا نحو الضفاف،  
تعري صخورا منخورة بمشاعل عالية.  
يتلاشى دخان الحطب في الحوض الناضج  
لأيام بلا زمن  
مطوقا الهواء بأشكال متموجة.



# AURORA

*José Antonio Orfila Rodríguez*



(Inspirado en esta pintura del mismo título, de Cruz Herrera)

La mujer desnuda que ahora contemplo en el cuadro, es un retrato de la otra que cada mañana sube conmigo al carromato. Dicen que no, pero sé que es ella: las dos entornan el velo de sus párpados de ese modo tan suave que el artista ha captado, como si durmieran. Tiene, como ella, la boca encarnada en perfiles de rojez, implorando unirse a otra, sus hombros altivos y el mismo hoyuelo gentil en la mejilla -¿sonríe mientras sueña, quizás?-. Tiene idéntico cabello corto y rizado, en pulcro desorden, como hebras de oro y de sombras. Me tiene a mí: por eso sé que es ella.

Llevo mucho rato mirando el lienzo colgado en la pared. El tiempo transcurre eterno, he perdido toda noción. No sé cuándo entré en el museo, aunque recuerdo a qué vine. El anciano conserje da vueltas a mi alrededor, huraño. Mis ropas alientan su desconfianza. Soy el único visitante y las manecillas de un reloj, sobre aquella mesa que la polilla carcome, marcan la hora de cerrar. Pero yo me demoro, me demoro, no quiero marchar.

A través del ventanal noto que afuera no hay claridad. Llueve, caen cortinas de cristales partidos. Vientos de ira rugen en el mar de Poniente. La Bahía está embravecida, las estelas en oleaje, mojadas las calles, y los pescadores no salen en sus barcasas a enfrentarse al océano que les alimenta. Va para largo el temporal. El hambre amenaza.

Si traspaso el umbral de la galería, y abro esa puerta que del cuadro me separa, y adentro mis pasos en la oscuridad de los bulevares, y me extravió en el túnel de esta noche solitaria, igual a todas mis noches, su imagen desaparecerá para siempre, se esfumará, como desaparece, al final, el reflejo tardío de las estrellas. No padezco enfermedad, eso afirma mi cartilla sanitaria, un bloc embadurnado de tapones de tinta con siluetas de águila, que certifica vacunas y miseria. Mas la memoria, que nunca fallaba, ahora se debilita, decae. Necesito mirar con mis ojos para poder rememorar.

Frente a la tela pintada ahuyento ese miedo, pues sobrevivo a su amparo: no preciso inventar a la mujer que en el carro me acompaña, mezclada entre otras caras mugrientas que con nosotros van, ni recrear, como sucede con las imágenes virtuales, la forma turgente de sus pechos culminando en aréolas sonrosadas que brillan. Frente al cuadro todo se detiene, siento la quietud

que asoma en su vientre hundido, en sus firmes caderas, donde mis ansias se tienden a reposar y reviven mis labios. Frente al cuadro yo no soy: sólo está ella, fruta limpia de la que bebo en sueños.

No me conoce. No nos hablamos. No repara en mí. Yo aguardo cada jornada en la verja fronteriza. A veces tarda. Confieso que la imagino remisa en el despertar, allá donde su morada la esconde apartándola de mí. En tálamo maduro puedo verla, envuelta en pliegues de sábanas tersas que calientan su piel en esta temperie invernal. Soy yo quien se acerca, cuando todavía el día es penumbra, llamándola con voz queda, hay que ir a trabajar. Quisiera besarla, como si mi beso fuera la llave mágica que la trae de nuevo... Un susurro de sigilo, tan sólo, osa pronunciar mi prudencia. Tan sólo libero mi mano que, tranquila, desciende a la suya, y se posa despacio en los dedos que el pintor no ha pintado. ¿Cómo serán, en el cuadro?... Son dedos traviesos, que las mantas no abrigan. Han abandonado el refugio durante la madrugada y la helidez los enfría. Debiera taparlos y alejarme, debiera dejar que duerma, que permanezca así, inmóvil, como ahora está en la tela, en remanso de paz que no merece sobresalto ni tensión. Pero hay que ir a trabajar. Sí, despacio me acerco, despacio, para no quebrantar las ensoñaciones donde parece ser tan feliz.

En el lienzo su nombre es Aurora. Otro nombre ignoro de ella, pero todos ellos la mientan: Amanecer, Luz Boreal, Venus... Todos los nombres pretenden ser ella y evocarla. Todas las hermosuras la persiguen. La belleza y la divinidad suspiran de envidia. Lo sé: las he visto llorar por los rincones.

En el cuadro tengo su desnudez, aunque no pueda tocarla: si la toco, el hechizo se deshace. Y en el otro lugar, sentada a mi lado en incómodos respaldos, apretados unos contra otros, sus brazos vestidos apenas me rozan. Y no respiro, huyo en estremecimientos sin atreverme a nada. Pero es entonces, al arimarse involuntaria, cuando la amaría hasta que mi amor doliera.

En el cuadro no tengo su iris, sellado por el pincel que dibujó pestañas luengas y negras, cadenas que me atrapan. En el carromato veo sus zapatos, tan desvencijados y rotos que parece descalza. En el cuadro, huelo su olor a miel y lavanda, la textura de los colores doran su cuerpo de almíbar, como tumbado al sol que reverbera al mediodía. En el carromato ella es pobre, callada y come una hogaza de pan duro. Aquí y allí me enredaría en sus cejas azabache, trazos en curvas, erguidos, coronando su virginal estampa. Aquí y allí me conmuevo con solo mirarla.

Cada mañana espero, en la verja. Los policías ordenan el control de los transeúntes. Nos ponen en colas, registran nuestros harapos, examinan papeles que no dicen nada. Pero a veces ella tarda, como hoy. Cuando aparece caminando, con lentitud, bajo el húmedo relente, las horas que continuarán tendrán sentido: transitan a otra esperanza en que perseveraré en el anhelo de su presencia, aunque ella no entienda que soy el fiel guardián que protege su descanso. Aunque ella nada sepa del hombre que en silencio muere por amar a su amada.

Cruzamos la frontera cada día. Los mulos de crines sucias, fustigados, trotan cansinos por el istmo, *campo neutral* le llaman, de nadie, de todos, estrecha lengua que flota en dos mares distintos de una sola agua. Aurora va conmigo, y el cielo, y la vida. El carromato es un velero que nos balancea en las corrientes de sal, con la proa apuntando al país de los sueños. Al fondo, recortada en el vacío, enorme y gris, la escarpada mole de roca oculta el paraíso remoto del que hablan los cuentos.

Sé que no me engaña una ilusión: acá, a este lado de la alambrada, estoy en la tierra donde nací y habito, con mi gente, en mi hogar, pero sin ella. Atravesar los espinos de hierro que otros en postes hincaron, dejar atrás la línea recta que divide pueblos y leyendas, es aproximarme a mi Aurora,



a mi Venus, a la luminiscencia que resplandece en cada hueco de mi alma. No venero banderas, no obedezco a generales. Sólo ella es mi patria.

Ay, pero siempre tose. Saca su pañuelo arrugado, en hilachas, y tose, como pidiendo perdón. Debe venir a la aduana desde muy lejos, aterida, por callejones sombríos. Me alerta: presiento un escalofrío sacudiéndole dentro, igual que una rosa frágil golpeada por la lluvia. En la pintura, no hay pañuelos: la prenda de hilo que cubre su espalda, y al cuerpo sostiene en el aire, es una toca blanca, fina, con bordados, sin manchas. Ay, mi niña, siempre tosiendo.

Como ayer y cada mañana, hoy se retrasaba. Yo nunca desesperaba, aparecía entre la niebla, caminando lenta, las piernas juntitas, quitándose las escarchas. Pero hoy era el día en que ya no vendría. Crucé la verja sin ella, y volví a cruzarla para regresar a mi tierra. Tan cerca y tan lejos. Lo sé. Sé que se ha ido. Por eso después acudí al museo, derrotado como un apátrida, a mirarla, a tenerla conmigo, mi niña. A buscar consuelo a mi pena. A seguir amándola.



# LA LÍNEA, TU AQUÍ, YO ALLÍ, QUISIERA

*José Antonio González Alcantud / Trino Cruz / Khalid Raissuni  
Abderrahman El Fathi / Alberto González Troyano  
José Juan Yborra Aznar / Mario Luis Ocaña Torres*



Y volvieran las golondrinas  
viento, viaje, viento, ina ach allah,  
rota la luz, la palmera es una lágrima.

Guerras en los cielos  
Guerras en la tierra  
Guerras en el mar  
para despejar nubes de dudas  
para sembrar la tierra de odios  
para plegar el azul del mar  
muerte desde el cielo, desde la tierra y el mar

Maldigo mi silencio  
mi identidad  
mi raíces árabes, y de nuevo  
MI SILENCIO

Nubes negras asoman  
por levante, humo negro  
nos trae el viento de guerra

No sé para qué tanta guerra,  
No sé por qué tanto sufrimiento  
si con solo una palabra  
se arreglan las cosas  
y esa palabra es paz.

Gente de frontera, para acabar con las fronteras  
la niebla descende sobre las almas  
la niebla envuelve las inquietudes  
la niebla sofoca los sollozos  
sólo la niebla y nosotros...

Y junto a La Línea, junto a la frontera  
salen, por la noche, las lunas enteras  
y bajo la mar, bajo las estrellas  
se rompen las olas, los cuerpos, las velas

La Línea de la Concepción,  
30 de marzo de 2003

Los dibujos distribuidos de este número,  
van dirigidos en recuerdo a la memoria  
de mi gran amigo Francisco Alsó.  
Ragel



## JUAN CARLOS RAGEL RAMOS

---

Juan Carlos Ragel Ramos (Algeciras, 1954), de nombre artístico Ragel Matress. Inició sus estudios artísticos en la Escuela de Artes y Oficios de Algeciras. Continúa con sus estudios en la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla, y en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad hispalense, donde obtiene la licenciatura. Ha sido alumno de don Miguel Pérez Aguilera, doña Carmen Laffon, don J. L. Máuri y don Antonio López.

Es profesor de dibujo de Enseñanza Secundaria.

En distintos lugares de la geografía española se pueden encontrar referencias personales. Ellas determinan sus experiencias artísticas.

Desde 1978 participa en diversas exposiciones y certámenes, entre los que caben destacar el Certamen Nacional de Pintura "Cruz Herrera", San Roque (Cádiz), 1980, obteniendo Mención Honorífica; Certamen Nacional de Pintura "Cruz Herrera", San Roque (Cádiz), 1982, obteniendo Primer Premio Nacional; III Muestra de Arte Andaluz de Vanguardia "Aduana", Cádiz, 1988; exposición itinerante por la Comunidad Valenciana, 1990; exposiciones en la sala del Edificio Markingston, Gibraltar, 1995; en la sala de exposiciones del Spanish Institute, Nueva York, 2000 y en la sala de exposiciones de la Embajada Suiza de Londres, Londres, 2002.

Ha participado en trabajos de investigación como el Estudio Histórico Artístico de la Capilla de Nuestra Señora de Europa de Algeciras, 1985. Así como en diversas publicaciones de la revista *Almoraima* y otros actos culturales dentro de la Comarca y fuera de ella.



